



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 29 DE JUNIO DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

El fracaso del invierno

ADIÓS AL AYER...

OLGA DE LEÓN GONZÁLEZ

Hoy comparto mi parte personal, al final, con una bella reflexión poética sobre el tiempo, que estoy segura disfrutarán los lectores, especialmente los cercanos a la quinta década y más años de vida, tanto como los más jóvenes que ya valoran el tiempo, por lo efímero y rápido que se nos escapa.

"Me gusta"

Me gusta el silencio que no ensordece.

Me gusta mirar frente al horizonte aunque su lejana belleza ciegue mi limitada vista.

Me gusta oír el zumbido del viento cuando las hojas de los árboles se golpean suavemente entre ellas, como amigas envidiándose calladamente, unas a las otras.

Me gusta sentir la brisa sobre de mí. Ignoro lo que quiero saber siempre y, sé más de lo que quisiera.

Me gustas cuando hablas y nada entiendo

porque hablas en silencio y, en otra lengua.

Y, más me gustas cuando callas para no engañarme con tus mentiras. Sigue tu camino, si no quieres verme llorar.

Que mi llanto es sagrado y solo mío. Nadie puede platicar con el viento y el silencio,

solo enamorados del tiempo eterno: Los que sueñan dormidos y despiertos.

Los amantes vivirán más allá del hoy y el inseguro mañana: Nunca ven ni hacia atrás ni hacia adelante:

solo saben amar en el presente. Viven sin recuerdos y sin ficciones. Me gusta soñar que solo sueño ... De pronto, despierto en el sueño de otro.

Me gusta pensar en todo y en nada, me gusta divertirme con palabras nuevas y viejas, tradicionales y estrambóticas.

¡Me gustan tantas cosas!

Y me disgustan solo unas pocas Tan pocas, que no recuerdo ninguna.

Me gusta escribir; por escribir, y por algún buen motivo o causa. Me gusta leer para enriquecer mis textos.

Me gusta escuchar al que tiene algo qué contar

Me gusta mucho hablar para defender

lo indefendible; aunque la vida me fuere en ello.

Me gusta callar, aunque callo poco: he aquí mi más grande defecto.

Me gusta más escribir que dejar la página en blanco.

Me gusta más teñir de negro la página,

que conservar inmaculada la belleza de una página en blanco.

Quiero

Olga de León G.

Quiero dejar una rosa a tus pies en la tierra que guardan tus cenizas, no tu espíritu, que ese se quedó aquí.

Mas, luego recuerdo palabras sabias: "flores en vida, hermano, en vida".

Y mi deseo se marchita.

Como muere el amor; que se olvida.

Quiero brindar con agua pura por la eternidad del alma que nos habita por siempre.

Quiero vivir en la Gloria si muero



para esperarte por siempre de nuevo.

Quiero dejar de pensar en ti.

Que yo me muero cuando te recuerdo.

Quiero seguir queriéndote en silencio sin siquiera pronunciarte tu nombre; porque enfermo de muerte con solo tu recuerdo.

Dale, Dios, Natura y Sino paz a mis recuerdos, y entiérralos en lo más hondo de mi corazón.

Quiero vivir lo que me resta

Con paz en el corazón

Y mucho amor en el pensamiento.

Especial de hoy:

De mi hermano, el Ingeniero Jesús de León, he incluido un texto lírico - reflexivo, que no podría superar (confío no le moleste encontrarlo aquí).

TIEMPO

Jesús de León G.

Tiempo que corre, tiempo que calla, tiempo que cura, tiempo que estalla.

Tiempo en las manos, tiempo en los sueños, tiempo que arrastra siglos y empeños.

Tiempo sin antes, tiempo sin luego, ¿hubo tiempo antes del fuego?

No existe solo. va con el espacio, se enreda en sombras, se pierde en trazos.

Tiempo que ríe, tiempo que llora, Tiempo que llega, tiempo que mora.

Tiempo infinito, tiempo fugaz, tiempo que vuelve, tiempo que va.

Pero, de él, poco se sabe.

Nunca supimos si tuvo un principio, y quizá no sabremos si tiene final.

Solo avanza, solo se esconde, y solo nos deja, ¡su eterno misterio!

Tiempo testigo, tiempo que miente, tiempo que es nada, tiempo presente.

Tiempo de sombras, tiempo de luz, tiempo que deja su huella...

¿Y si al tiempo se le acaba el tiempo?

Quizá un día se extinga su pulso;

Pero, ese día... jamás lo veremos. Tiempo que pasa, tiempo que queda, tiempo que en todo, marca su estela.

Tiempo que pesa, tiempo que vuela, tiempo sin prisa, tiempo en la arena. Pero, qué arduo es montarse en las olas del tiempo, vivir en su flujo sin comprenderlo. Aprender es muy lento,

y la vida es muy corta, esta es la paradoja:

¡La vida es solo segundos!; y el tiempo.

¡el tiempo es siempre infinito!

LA PLAGA INCESANTE

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

No se veían muy seguido. Antonio vivía en Monterrey y su hermano en la Ciudad de México. Pero ahora, con el cambio de trabajo, las cosas serían distintas. Antonio llegó a vivir unas semanas a casa de su hermano, mientras encontraba un departamento para rentar. La primera jornada de trabajo le absorbió todo su tiempo, no pudo convivir con su sobrina de diez años ni un segundo, hasta que llegó el fin de semana. Ahí descubrió que la niña estudiaba la flauta transversa y se ofreció a tocarla para él mientras Antonio tomaba una siesta, y el hombre efectivamente se quedó dormido en la cama del cuarto de visitas, mientras su sobrina le interpretaba melodías en el instrumento de aliento.

Pero el lunes, a la hora de la comida, Antonio salió de su oficina y se encaminó rumbo a la calle de Bolívar, a unas cuadras de su trabajo, donde había descubierto que las tiendas de música se amontonaban como notas semicorcheas, corriendo las unas pegaditas a las otras. Se detuvo en un negocio donde había flautas transversas en sus aparadores. Marcó a casa de su hermano y contestó la señorita que les ayudaba en los quehaceres domésticos. Le pidió que le comunicara a su sobrina. "Quiero comprar una flauta como la tuya", le dijo. "Pídelas con

tapitas, tío", respondió ella, "son más fáciles de tocar". Encontró una flauta en ocho mil pesos. La compró -su salario se lo permitía. Ese fue uno de los regalos más importantes que Antonio se haría a sí mismo, en la vida.

Siendo adolescente, había estudiado piano. Aún recordaba cómo leer notas en las llaves de sol y fa, y conocía las duraciones de las figuras rítmicas. Se fue a comer y al terminar, se dirigió a la colonia Condesa. Sabía que ahí había una escuela de música. Se inscribió: pagó la anualidad y la primera mensualidad. Tomaría clase los viernes, cuando salía temprano de la oficina, luego de la hora de la comida.

Para la primera clase llegó puntual, con la papelería que le había faltado entregar durante el día de su inscripción: una fotografía infantil para la credencial de la escuela y copia de su acta de nacimiento. Se sentía un poco extraño: era un adulto de treinta y dos años tomando clases de flauta transversa, por primera vez en su vida. La escuela estaba atiborrada de niños y adolescentes y los únicos adultos rondando por ahí, eran los maestros y el personal administrativo.

Le tocó como profesora alguien que también era estudiante del sexto semestre de la licenciatura en flauta de la Escuela Nacional de Música. Ella traía algunas fotocopias con canciones introductorias para aprender el instrumento. "Ya me sé el nombre y ubicación de las notas", le dijo él, "pero no sé cómo se tocan en la flauta". Ahí comenzó la clase: ella le enseñó a acomodar los labios para formar la embocadura, le explicó la posición de los dedos en las llaves, la posición precisa para emitir la nota de sol central, y a tomar suficiente aire para soplar. La maestra también le advirtió que practicaba natación para ejercitar sus pulmones.

"Hay que cerrar un poco más los labios", le dijo ella, luego de los primeros intentos infructuosos de Antonio por producir el sonido. La clase se desarrolló a intervalos: de esfuerzos por producir el sonido y descansos. Cuarenta y cinco minutos más tarde, Antonio podía tocar las notas de sol y la, aunque de manera no muy limpia: cada nota salía impura: mezclada con el sonido de un soplo mal dirigido hacia el metal del instrumento que parecía estaba sacando las notas de la boca de un envase de vidrio de refresco: agudas, chillonas.

Antes de despedirse, la maestra le prestó sus fotocopias a Antonio para que, durante la semana, pudiera sacarle una fotocopia al conjunto.

El hombre salió de la escuela de música engrandecido, con una sensación de estar haciendo algo importante en la vida. Se sentía como gigante, aunque su aprendizaje fuera solo el de las primeras gateadas de un bebé: no precisamente, una corrida resplandeciente de cien metros, en diez segundos. Condujo rumbo a su departamento encumbrado. Se sentía otro: un hombre con nuevos conocimientos y que podía ver el mundo de manera distinta a los demás.

En medio del tráfico, soñaba que él y su esposa tocaban música juntos. Ese mismo fin de semana compraría un piano en un arranque de euforia y su mujer se emocionaría como rosa que abre sus pétalos en primavera, comprometiéndose a estudiar el instrumento diariamente. Y obrarían bien, sintiéndose como si sus pies se encontraran en jardines por donde fluyen arroyos. En el Jardín de las Delicias (El Bosco): En El Paraíso (Corán 10:9-10).



Antoine de Saint-Exupéry

(Lyon, 1900 - en el mar Tirreno, 1944) Novelista y aviador francés; sus experiencias como piloto fueron a menudo su fuente de inspiración. Tercero de los cinco hijos de una familia de la aristocracia (su padre tenía el título de vizconde), Antoine de Saint-Exupéry vivió una infancia feliz en las propiedades familiares, aunque perdió a su progenitor a la edad de cuatro años. Estuvo muy ligado a su madre, cuya sensibilidad y cultura lo marcaron profundamente, y con la que mantuvo una voluminosa correspondencia durante toda su vida.

Su interés por la mecánica y la aviación se remonta a la infancia: recibió el bautismo del aire en 1912, y la pasión de volar ya no lo abandonaría nunca. Después de seguir estudios clásicos en establecimientos católicos, preparó en París el concurso de entrada en la Escuela naval, pero no logró su objetivo y se inscribió en Bellas Artes. Pudo aprender el oficio de piloto durante su servicio militar en la aviación, pero la familia de su novia se opuso a que se incorporara al ejército del aire, por lo que se resignó a ejercer diversos oficios, al tiempo que frecuentaba los medios literarios.

El año 1926 marcó un giro decisivo en su vida: publicó su narración breve El aviador en la prestigiosa revista literaria Le Navire d'Argent, dirigida por Jean Prévost, y consiguió un contrato como piloto de línea para una sociedad de aviación. A partir de entonces, a cada escala del piloto correspondió una etapa de su producción literaria, alimentada con la experiencia. Mientras se desempeñaba como jefe de estación aérea en el Sahara español, escribió su primera novela, Correo del Sur (1928).

La escala siguiente fue Buenos Aires, al ser nombrado director de la Aeroposta Argentina, filial de la Aéropostale, donde tuvo la misión de organizar la red de América Latina. Tal es el marco de su segunda novela, Vuelo nocturno. En 1931, la bancarrota de la Aéropostale puso término a la era de los pioneros, pero Saint-Exupéry no dejó de volar como piloto de pruebas y efectuó varios intentos de récords, algunos de los cuales se saldaron con graves accidentes: en el desierto egipcio en 1935, y en Guatemala en 1938.

Durante la Segunda Guerra Mundial luchó con la aviación francesa en misiones peligrosas, en especial sobre Armas, en mayo de 1940. Con la caída de Francia marchó a Nueva York, donde contó esta experiencia en Piloto de guerra (1942). En Estados Unidos se mantuvo al margen de los compromisos partidistas, lo que le atrajo la hostilidad de los gaullistas. Su meditación se elevaba por encima de la historia inmediata: sin desconocer las amenazas que la época hacía pesar sobre el "respeto del hombre", como declara en Carta a un rehén (1943), optó por la parábola con El principito (1943), una fábula infantil de contenido lirismo e ilustrada por él mismo, que le dio fama mundial.

En El principito, el autor afirma haber conocido al singular personaje que da título al libro seis años atrás, en el desierto del Sahara, después de haber sufrido un accidente de avión, y nos cuenta su historia. El principito procedía de un asteroide tan pequeño que bastaba con desplazar un poco la silla hacia atrás para ver continuamente la puesta de sol. Un día brotó del suelo una rosa; el principito se enamoró de ella, pero no pudiendo soportar su orgullo y presunción, decidió abandonar el asteroide y emprendió un viaje que lo llevó a otros pequeños planetas. En cada uno de ellos vivía un único personaje que, como en seguida apreciaba el lector, encarna algún defecto humano: la vanidad, el egoísmo, la ambición...

Finalmente, el principito llegó a la Tierra, donde descubrió, consternado, que su rosa no era la única del universo, y entabló amistad con un zorro, y después con el narrador. Los sutiles simbolismos y el desenlace de la historia sugieren el sentido del libro: una indagación sobre el amor y la amistad, sentimientos que, pese a su naturaleza incomprensible y los sufrimientos que pueden acarrear, se revelan como una necesidad ineludible y enriquecedora.

En 1943 pidió incorporarse a las fuerzas francesas en África del Norte, y a partir de entonces retomó las misiones desde Cerdeña y Córcega. En el transcurso de una de ellas, el 31 de julio de 1944, su avión desapareció en el Mediterráneo. Los cientos de páginas de La ciudadela, suma alegórica que permaneció inacabada, fueron publicadas póstumamente en 1948.

ad pédem literae

El fracaso fortifica a los fuertes.

Antoine de Saint-Exupéry

Letras de
buen humor

Al primer amor se le quiere más, a los otros se les quiere mejor.

Antoine de Saint-Exupéry

Mónica Lavín

Los alcances de la voz

Cuántas cosas podríamos decir sobre la voz; nada más escribir la palabra me viene la canción de Celia Cruz: tu voz es susurro de palmas, ternura de brisa... Ahora que nos hemos vuelto tan de mensaje electrónico, la voz en el escenario del intercambio cotidiano ha palidecido. Somos menos voz y más texto silencioso. Es como si la vía telegráfica hubiera vuelto y desbancado a la inmediatez telefónica. Pocas veces nos hablamos; nos mandamos un mensaje hasta para saber si nos podemos hablar. A veces resulta prudente, a veces imprudente porque dejamos de tener ese contacto espontáneo cuando una voz urge la presencia de otra voz.

Desde las estructuras orgánicas cuerpo adentro donde el aire hace vibrar las cuerdas y los movimientos de la boca y nuestra lengua producen efectos sonoros distintos, la verdad es que la voz siempre delata nuestro estado de ánimo. Con sus inflexiones podemos persuadir, con sus titubeos podemos preocupar, con su volumen podemos revelar. Una voz siempre remite al cuerpo y siempre nos recuerda la presencia y cómo está ligada a ade-

manes y miradas. La voz tiene matices, texturas; hay voces dulces, otras que taladran. Hay tonos mandantes, tonos cómplices, bruscos, inciertos, amenazantes. Asépticos, fríos e indiferentes.

Tan necesaria y asombrosa la voz y sus posibilidades como las que pude disfrutar en el espectáculo reciente de Tom Thum, un beatboxer australiano. Confieso que yo desconocía el término beatbox y su significado en la escena musical, de la misma manera que me asombró como aquellos DJ que amenizaban algunas fiestas deteniendo velocidades y mezclando vinilos con las manos, se volvieron espectáculo. Es cierto que Bobby McFerrin había hecho alarde de las posibilidades percutivas de la voz, antecedente del beatboxing contemporáneo. Tom Thum todo lo hace con la voz o con los ruidos que desde su cuerpo salen a través de la boca o incluso se coloca un micrófono muy cerca de la garganta mientras emite algún tipo de sonido. Al mismo tiempo graba los sonidos y ritmos para sobreponer capas de diferentes emisiones percutivas, susurros, frases, en una mezcladora a la



que añade una voz adicional, ya sea muy aguda o grave o tal vez su voz normal, para hacernos viajar entre texturas y frecuencias y tonos y longitudes. Me hace pensar en esa canción de Pedro Infante del chisguete de voz. Este joven australiano, simpático y juguetón es lo opuesto al chisguete de voz. En concierto con la orquesta imposible en el Festival Paax GNP en Xcaret reprodujo sonidos de trompeta, de fagot, de violín, de arpa, tambor, además de animales, de viento, de agua con su espectáculo Thum Prints (con el compositor Gordon Hamilton), para el deleite también de los músicos. Un hombre espectáculo, un hombre que experimenta con todas las

posibilidades que surgen de su caja torácica, de su garganta, de la cavidad bucal y los labios a los que añade trozos de lírica suya. Tan pronto jazz o balada pop, como un rap vigoroso, insinuando muchísimas posibilidades futuras, entre ellas la primera biblioteca de muestras de percusión vocal humana.

Por algo The Guardian en el Reino Unido afirmó que Tom Thum parecía haberse tragado una orquesta entera y varios coristas. Habilidades y destrezas en un constante experimentar para alguien que se presenta diciendo yo no sé leer música, yo no sé tocar ningún instrumento. Pero Tom Thum es el instrumento, él es la música.